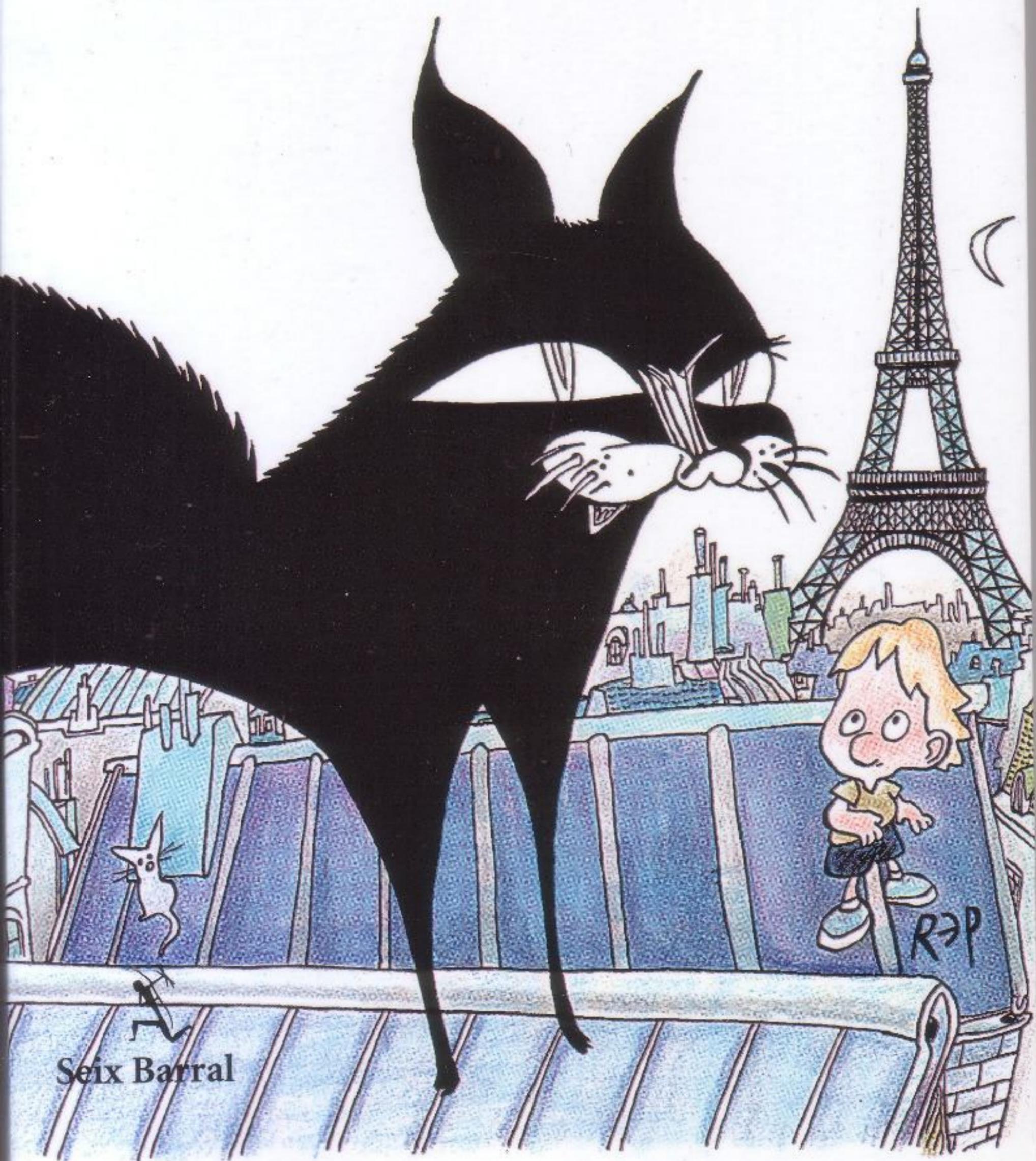


OSVALDO SORIANO

# EL NEGRO DE PARÍS

CON ILUSTRACIONES DE MIGUEL REP



 Seix Barral

# El Negro de París

Oswaldo Soriano

El Negro es un gato tranquilo, distante, tosco a veces, sin ser grosero. Mi papá y yo fuimos a buscarlo una tarde a la Sociedad Protectora de Animales de París. Habíamos llegado tiempo atrás a Francia, y yo me sentía muy solo, sin entender por qué habíamos dejado Buenos Aires con tanto apuro.

Mi papá y mi mamá me explicaron muchas veces que corríamos peligro mientras los militares gobernaran en el país y que sería mejor que yo creciera y fuera a una escuela en un lugar donde me enseñarían a vivir en libertad. Cuando nos fuimos de Buenos Aires no tuvimos tiempo de llevarnos nuestras cosas; yo tuve que dejar un triciclo y un largo tren eléctrico que hacía marchar entre montañas, bosques y ríos que cabían sobre la mesa del comedor. Pero lo que más me dolió fue dejar a Pulqui, que dormía conmigo hecha una bolita tibia, acurrucada entre mis piernas, hasta que me despertaba a la mañana, siempre a la misma hora, para ir al colegio.

Cuando llegó el momento de ir a tomar el avión, mi tío Casimiro vino a buscarla y me dijo que no estuviera tris-te, que él la cuidaría y cuando volviéramos iría con ella a buscarnos al aeropuerto. Me lo prometió, esperó que la acariciara un rato y después la metimos en una canasta de mimbre. La oí maullar mientras mi mamá me abrazaba y me apretaba muy fuerte y me decía que pronto volvería a verla.

Llegamos a Francia y tuve que hacer nuevos amigos que hablaban un idioma cantarín y engolado que al principio no entendía. Todo era nuevo para mí: el idioma, pero también la nieve, las calles que terminaban enseguida y si uno doblaba una esquina, se perdía, porque en París es imposible dar la vuelta a la manzana. Les muestro el plano de mi barrio y díganme ustedes cómo harían para ubicarse en este enjambre de callecitas.

¡Lindo lío! No sé cómo se las arreglará el cartero para ir y venir por ese jeroglífico, pero de vez en cuando traía una carta de mi tío Casimiro para papá y mamá y una foto de Pulqui para mí.

Pero la foto no me bastaba. Yo quería acariciarla y jugar con ella, y tanto la extrañaba que un día mi papá me propuso que le buscáramos un amigo. Un lindo gato que pudiera recorrer las calles de París sin perderse y que alguna vez llevaríamos con nosotros a la Argentina para que se reuniera con Pulqui y le contara cómo es esta ciudad vista desde los techos.

Entonces una tarde fuimos en ómnibus a la Sociedad Protectora de Animales y encontramos al Negro.

Había muchos gatos y perros y gente que los miraba y hablaba. Daban lástima, ahí encerrados esperando que alguien viniera a buscarlos. Yo hubiera querido llevármelos a todos, perros y gatos, pero tenía razón mi mamá cuando me dijo que no había lugar en casa para todo el mundo. Nuestro departamento era muy chiquito y hubiera sido un lío tenerlos a todos sobre la cama, sobre el ropero, en la bañadera y hasta en los cajones de los armarios.

Así que estuvimos mirando hasta que vi al Negro. Estaba sobre un tronco largo que atravesaba la jaula, echado, con la mirada distante como si soñara. No bien lo vi con esos ojos redondos como cacerolas y esos bigotes largos como cañas de pescar, me pareció que lo conocía de toda la vida. Me dije que a Pulqui le gustaría que le lleváramos un amigo así. Lo llamé a través del alambre, mish, mish, mish, mishmish, y tardó un rato en mover la cabeza y mirarme como diciendo: “Callate, no hagas el ridículo ¿quierés?” De modo que cerré la boca, sonreí, lo señalé con el dedo y le dije a mi papá:

-Ese todo negro, llevemos ese que tiene cara de zonzo.

Lo traté de zonzo a propósito, como para que viera que no me iba a impresionar con su mirada de arrogancia. Yo los conozco muy bien a los gatos, que como se saben gráciles y hermosos quieren impresionar a la gente con la in-diferencia y la coquetería. En el fondo son unos tímidos holgazanes que no saben vivir solos como los leones, o los elefantes, o los pájaros.

Nos lo entregaron en una caja de cartón a la que sólo le faltaba el moño. Como los franceses son muy prolijos, nos dieron su cédula de identidad en la que figuraba su nombre que ya no recuerdo y que él no respondía. También su certificado de vacuna y un papelito que decía que lo habían encontrado perdido en la calle y que tenía seis meses de edad.

Mientras íbamos en el taxi hice la cuenta: estábamos en junio, y si el Negro –yo ya lo llamaba así- tenía seis meses quería decir que había nacido, como yo, en enero. Decidí, entonces, que cumpliéramos años el mismo día. De esa manera, cuando mis papás me hicieran la fiesta de cumpleaños yo tendría que invitarlo a soplar conmigo las velas de la torta y hacerle un regalo como para un gato.

En poco tiempo de juegos y miradas que valían más que palabras, me di cuenta de que el Negro tenía un carácter calmo, distante, rudo cuando se lo molestaba, aunque nunca llegó a ser grosero. Cuando venían visitas, por ejemplo, echaba una mirada a la gente y si advertía que iban a hablar de cosas aburridas me miraba y con los ojos me decía: “Vámonos a otra pieza, que estos son unos plomos”. Y nos íbamos a jugar o a charlar a otro lado.

Yo no hablaba con él como hacían los otros chicos, o como mi papá y mi mamá. Nos bastaban gestos, guiños, miradas, movimientos de la cabeza. A veces agregábamos una palabra o un maullido para subrayar, pero en general no hacía falta. Los gatos tienen un lenguaje que no comprenden quienes no aceptan el misterio.

A medida que pasaron los años fuimos aprendiéndonos mejor.

El Negro salía por las noche y a veces volvía débil y mal entrazado. Traía los bigotes desaliñados y algunos rasguños que le quedaban de una pelea, tenía amores temporarios y tormentosos que a veces lo ponían de mal humor, pero cuando pasaba el tiempo de celo volvía a ser amable y cariñoso y se quedaba a dormir en mi cama, apretado a mí, como antes solía hacerlo Pulqui. Estaba impaciente por conocerla, y hasta un poco celosote saber que no era el único gato que contaba en mi vida.

Entretanto yo había aprendido a hablar y escribir en francés y tenía buenas notas en la escuela. Lentamente, sin darme cuenta casi, Buenos Aires empezó a ser para mí una curiosidad que mis padres nombraban con pasión y a veces con miedo. Mis amigos del colegio no sabían nada de la ciudad en la que yo había nacido. Desconocían el mate, las pastillas de menta, los clásicos entre Boca y River, la factura, la planta de ruda, el dulce de leche, el guardapolvo blanco de la escuela, la campaña de San Martín y las tortas fritas.

También yo empezaba a olvidarme de aquel mundo lejano. Pulqui era un recuerdo lejano plasmado en una foto y empezaba a darme cuenta de que quizá podía vivir sin ella y ella sin mí.

Por supuesto que me encantaba la idea de poder volver a verla y jugar con ella. De presentarle al Negro e imaginar que saldrían juntos a retozar por los patios, las veredas y los techos.

Cuando a fines del 1983 los argentinos restauraron la democracia, mi papá y mi mamá hablaban todos los días de volver a Buenos Aires. Decían que había que regresar para hacer un lindo país, una nación donde yo, que estaba terminando la escuela, pudiera vivir en libertad, con justicia y sin miedo. Para que nunca tuviera que irme como ellos.

Por las noches, mi papá desplegaba un gran mapa de la Argentina sobre la mesa y me contaba cosas que yo no había aprendido en el colegio francés. Recorría con su gran dedo índice ese triángulo que se terminaba en la Antártida y me contaba de las provincias cálidas de la mesopotamia, de Cuyo y de la Patagonia fría y rica. Me relataba las batallas de la Independencia, me hablaba de la Primera Junta, de Moreno, de Belgrano, de San Martín, de Rosas, de Sarmiento, de Irigoyen y de Perón. Empezó a darme algunos libritos que al principio me aburrían, pero como él me explicaba con infinita paciencia y a veces hasta me hacía reír, fui leyéndolos y aprendí desde muy lejos a conocer el país en que había nacido.

No había en la Argentina dragones, ni elefantes ni leones de gran melena; pero había tigres de los llanos, peludos gorilas, salvajes unitarios, caciques y hombres de a caballo.

Poco a poco, mi papá me fue contando una historia larga de desalientos y de utopías y me decía que yo debía heredar, sobre todo la esperanza.

Mientras mi papá me hablaba, el Negro nos miraba como si la conversación le interesara. De vez en cuando le acariciábamos la cabeza o le rascábamos el cogote, bajo la trompa, y podíamos oírlo ronronear.

Poco a poco empecé a soñar con ese país misterioso y mío que mi papá y mi mamá me hacían revivir todas las noches. No era tan extraño y ajeno como el de Sandokán, ni tan fantástico como el de Tarzán, ni había en él islas con tesoros escondidos. Pero era el mío y ahora podíamos volver y mi curiosidad se había despertado.

A veces, antes de dormir, pensaba en cordilleras nevadas, tierras rojas, llanuras interminables y guardapolvos blancos. Una de esas noches, el Negro se echó a mi lado, juntó las patitas delanteras bajo la trompa, tiró los bigotes hacia atrás y me dijo con un

abrir y cerrar de ojos que había una manera de mirar sobre el mar y ver mi país y así palparlo antes de volver definitivamente.

Me sorprendí, sabedor de las bromas que el gato pícaro solía hacerme a esas horas. “No –me insistió-, no bromeo. Puedo mostrarte el mundo entero si te animas a subir conmigo alto, muy alto.”

Y así emprendí la gran aventura de mi vida. Una aventura que ahora me animo a contar y que todavía me parece haber soñado, porque todavía siento mi respiración agitada, mi corazón que salta de emoción y mis ojos que se abren, enormes, para ver del otro lado del mar.

La primera vez que salimos no llegamos muy lejos porque se me ocurrió entrar en un bar (en París los llaman bistró) donde vendían chokolatines y tuvimos que salir corriendo perseguidos por una manada de perros que nos tiraban tarascones a centímetros de las nalgas

Resulta que en Francia los kioscos están dentro de los bares. No son tan surtidos como los argentinos, pero en algunos hay chicles y chocolates con almendras que a mí me gustan tanto... El Negro, en cambio, no quiere saber nada con eso y prefiere el pescado, que a mí, la verdad, no me va ni me viene.

Tengo que confesar que el Negro me avisó que no entrábamos porque esos lugares suelen ser peligrosos. Pero como los gatos siempre exageran, insistí, lo tomé entre los brazos, abrí la puerta de un empujón, como John Wayne, y entré. Entonces me di cuenta que el Negro tenía razón. Adentro, al calorcito de la estufa, había una docena de perros de todo tipo, tamaño y color esperando que sus dueños terminaran el aperitivo.

Al verlo al Negro saltaron y empezaron a rascar el piso con las patas. Gruñían feo, sacaban la lengua y ladraban a coro. Eso de que perro que ladra no muerde: es un invento de ellos para que uno no salga corriendo.

¿Qué hizo el Negro, acosado y en inferioridad de condiciones con sus cuatro kilos inmovilizados entre mis brazos?

Lo primero fue llamarme estúpido y otras cosas más. Después agachó las orejas, infló la cola y mostró los cuatro lustrosos colmillos como si fueran clavos de carpintero. Yo me asusté un poco porque me di cuenta que estaba todo complicado y la íbamos a ligar. La puerta se había cerrado y ya no había tiempo para correr. Estábamos acorralados entre el mostrador y los perros, que se parecían a esos que se ven en la televisión en las películas de terror.

El Negro me miró, movió los bigotes y me hizo señas de que lo dejara sobre el mostrador. Había sacado una uñas que parecían garfios, cosa de impresionar un poco a la concurrencia. Lo puse entre unas botellas y un cenicero y me hice a un lado temiendo que los mastines me hicieran añico los pantalones. Los parroquianos manotearon sus copas en un desesperado intento de salvar las últimas gotas de vermut y se fueron hacia la pared como para ver el espectáculo desde la platea. En sus

miradas había una clara simpatía por el batallón de perros que rugían y movían sus cabezas como si no supieran por quién empezar, si por el Negro y por mí.

Eran perros amaestrados, como esos que tiene la policía. El más fiero era uno modelo alemán que respondía a un tipo grandote, de campera negra travesada por dos calaveras, que estaba jugando con la máquina tragamonedas. El grandote le decía: “Vaya, como, vaya” y se divertía a lo loco.

El Negro, entretanto, se paseaba por el mostrador, la pelambre toda inflada, sin perder de vista a sus adversarios. De vez en cuando, para fingir que el asunto no merecía toda su atención, levantaba una pata y le daba un par de lamidas como si fuera un helado. Yo estaba bastante julepeado, tengo que confesarlo, y si hubiera podido salir corriendo a buscar a mi papá para que nos diera una mano.

Por fin uno de los perros cargó como si estuviera en la caballería. Era un cuzquito de nada. Saltó, más por hacer pinta que por morder, y recibió un zarpazo debajo del morro que lo hizo volver gritando a la retaguardia. Hubo un estupor en la concurrencia. Yo pegué un grito.

- ¡Vamos, Negro, nomás! –Y el gato me miró de reojo como diciendo “No me hablé al tiro, compañero”.

La gente empezó a hacer comentarios desagradables para el chico extranjero que había venido a arruinarles el aperitivo. Que “que tiene que hacer un pibe a estas horas en la calle”, y todas esas cosas. El Negro, bastante agrandado, saltó a una mesa vacía, olió el salero al pasar, como si de pronto se hubiera olvidado de los perros y luego volvió a inflarse.

Un petiso bigotudo, con una boina metida hasta las orejas, dijo que ya era hora de terminar con el asunto y dio la orden a su doberman para que se lanzara al ataque. Yo trate de explicarle, desesperado, la diferencia de tamaño y de animal, pero no hubo caso. El petiso dio un grito y el perrazo salió como un cohete.

Cuando saltó tenía la boca muy abierta y le corría la baba entre los colmillos. El Negro se echó para atrás, arqueado como un jugador de tenis, y le tiró un rechazazo de arriba hacia abajo. El perro, que empezaba a elevarse en el salto, se quedó en la mitad de camino, ensartado por la nariz.

Cayó sentado, un poco ridículo, y me dio lástima verlo tan incómodo. Otro con la trompa cuadrada, atropelló con un aullido largo y quiso subir a la mesa. El Negro se movió como un relámpago, bufó, se hizo a un lado, y sacó un zurdazo que dio justo en el morro del rival. El salero rodó y cayó sobre la cabeza de un perrito color canela que se había acercado para que no lo tomaran por flojo. Hubo desbande general.

El Negro dio un salto para ir a otra mesa ubicada cerca de la pared, pero el patrón del bar, hombre sin escrúpulos, se la apartó de un tirón. El pobre Negro cayó al suelo como una pera madura y vio que el asunto se le ponía feo. El doberman no se hizo esperar y le tiró un tarascón que le arrancó un mechón de pelos del lomo. Para esquivarlo el Negro hizo una gambeta y derrapó como una moto.

Desesperado me precipité hacia la puerta y la abrí de un tirón. El Negro amagó arrancar para el otro lado, hizo una finta y picó para la salida.

No sé quién ganó la calle primero, si él o yo, pero los perros nos seguían pisándonos los talones y la gente del bar se asomó para ver la cacería. Corrimos como avestruces hasta que vimos un paredón que debía tener dos metros de alto.

El Negro, que corría delante, dio vuelta la cabeza para avisarme que había que hacerlo o estábamos perdidos. Así que saltamos juntos, a la desesperada, con el malón husmeándonos los tobillos.

Fue como si de pronto fuéramos dos los gatos y un solo miedo. Llegamos al borde del paredón y estuvimos haciendo equilibrio un rato, resoplando, mientras el viento frío nos acariciaba los pelos; porque yo era un gato de albañil, como el Negro, y me sentía allí arriba como por encima del mundo. A salvo.

Nos miramos y sonreímos. Me di cuenta, mientras caía la noche, que desde entonces los techos no tendrían secretos para mí. Ya podía hacerlo. Ya podía subir hasta las nubes y ver la Argentina a través del mar.

Esa noche dormí profundamente, y al día siguiente, en el colegio, permanecí callado y sonriente cuando mis amigos contaban durante el recreo sus pequeñas aventuras de fin de semana. Esperaba impaciente un sábado que sería inolvidable. Y por fin, el día llegó. Hacía frío y nevaba, lo que me hizo temer que no pudiéramos salir de casa. El Negro estuvo todo el día dormitando, serio, al lado de la estufa. Mi papá y mi mamá dijeron que irían al cine. Yo no quería ocultarles nada, pero el Negro me dijo que le contara más tarde, para no alarmarlos.

En París, el invierno es muy riguroso y a las cuatro de la tarde ya está oscuro. El frío y la nieve habían vaciado las calles, así que salimos por la ventana de mi habitación y caminamos hacia una chimenea desde donde podíamos ver las luces de mi vecindario. El calor del humo derretía la nieve y un hilo de agua corría por la canaleta hacia el desagadero. Para mí era un mundo fascinante y desconocido: el reino de las alturas. El Negro, con aire siempre distraído, oteaba el horizonte gris balanceando los bigotes y las delgadas antenas de la frente. De vez en cuando la brisa depositaba sobre las tejas nevadas una hoja seca o una pluma de paloma azul. Miré los contornos de los edificios y las pesadas sombras de la tormenta. Me pregunté cómo sería posible ver, en una noche así, más allá de lo que podían percibir mis pobres ojos de expedicionario del tejado.

-¿Ahora vamos? –pregunté mientras me apretaba contra la chimenea y cerraba mi campera hasta el cuello.

“No tengas miedo –contestó el Negro con una mirada que brillaba como dos diamantes-. Vamos a pasear un rato. Vení, seguime”.

Y allí fuimos, de techo en techo, bordeando antenas y saltando paredes, en dos patas, en cuatro, dando saltos gigantescos y cayendo siempre parados en abismos de luces y sombras. Adelante, el Negro me hacía señas para que nos ocultáramos para que no demoráramos en riñas inútiles con otros gatos. Escondido en el recoveco de alguna

puerta, yo no podía contenerme de lanzar, de cuando en cuando, un “Miauuu, miauuu”.

Cruzamos un puente largo. La larga caminata o el pelo que ya me estaba creciendo, me había quitado el frío. El Sena bajaba de un color marrón salvaje y sacudía las barcazas en los embarcaderos. Levanté la cabeza y vi, frente a nosotros, la torre que mis papás me habían traído a ver muchas veces; la de las tarjetas postales, la mole gris, el coloso de acero diluido por la neblina y la nieve. La torre Eiffel. En la escuela me habían enseñado que tenía 300 metros de alto, así que inmediatamente pensé que el Negro estaba más loco que una cabra si pensaba hacerme seguir. Iba a decírselo cuando me maulló para avisarme que me agachara y lo mirara fijamente a los ojos. Así estuvimos un rato largo, como hipnotizados, ajenos a la nevisca, solos en medio de ese inmenso parque que los franceses llaman Campo de Marte. Hasta que de pronto todo se iluminó.

Se hizo primero una inmensa luz blanca que me encegueció por un instante. Luego, de a poco, como esas fotos de polaroid que empiezan a asomar imperceptiblemente de la nada los colores empezaron a brotar de todas partes. Una intensidad de verdes, rojos y amarillos, ocres y celestes repintaron el paisaje y los árboles en los canteros y la torre gris se irguió y mi corazón empezó a golpear como si fuera a escapármese por la boca. Las hadas y los duendes, si existen, estaban allí y bailaban en los ojos desmesurados de mi gato negro. La noche se había hecho día, ágil, sutil como el polen o el rocío.

No podía hablar. No podía detenerme a pensar ni a buscar explicaciones. Miré al Negro y lo vi correteando detrás de un colibrí. Trataba de hacer como si todo fuera simple, como si su don de transformar el mundo fuera parte de sus habilidades naturales.

Me hizo un gesto para que lo siguiera y empezamos a subir por la escalera de la torre. En el segundo piso, donde hay un restaurante, nos detuvimos a escuchar una melodía muy dulce y a través del vidrio vimos que todos los linyeras y los pordioseros de París se habían sentado en una larga mesa y comían manjares de reyes mientras reían y bromeaban en un idioma ininteligible y a los pies de cada uno dormitaba un gato atorrante.

“Hoy es el día de los deseos que se cumplen”, comentó el Negro con un movimiento de cabeza, y me pareció que sonreía.

Cuando llegamos al último y más largo tramo de la torre, sentí que el mundo se movía a mis pies. Era como estar parados en la copa de un árbol sacudido por el viento. Me agarré de una de las vigas de acero y miré el esplendor de París. Tuve un breve mareo y el zarandeo de la torre que a esa altura se sacudía como si tuviera la tos convulsa.

“¿Se puede subir a tu obelisco?”, preguntó el Negro, y sin estar muy seguro le dije que sí. Al regresar se lo preguntaría a Pulqui.

Saltamos de una viga a la de más arriba; yo trepaba junto al hueco del ascensor y el Negro se aferraba a la cara exterior de la torre. A pocos metros de la cima nos detuvimos para recuperar el aliento y cambiamos una mirada de complicidad. Por fin, saltamos hasta lo más alto y entonces sentí que el mundo estaba a nuestros pies.

“Fijate, podemos conocer todos los países sin movernos de aquí –me susurró el Negro-. Allí está la Argentina, ¿ves? ¡Allá, allá, bajo la Cruz del Sur”.

Sus ojos se inflaron y las estrellas aparecieron en el cielo sobre un paisaje que tenía la misma forma que los mapas que tantas veces me había mostrado mi papá. De pronto, como si algo se desplazara sobre el mar, una constelación de edificios, avenidas y parque se desplazó hacia nosotros hasta quedar casi al alcance de mis manos. Entonces reconocí la calle Corrientes y la Plaza de Mayo, los colectivos y los coches como en una fotografía agrandada y viva. En Villa Devoto estaba mi casa; más allá, en Liniers, la de mis tíos, donde debiera estar Pulqui. De pronto volvieron a mí los olores de las acacias, el sabor de los turroneos y un torbellino de imágenes y recuerdos de cuando era muy chico y todavía no iba a la escuela.

Vi, de golpe, a mi tío que salía a la vereda. Lo llamé, le grité hasta que el Negro me dijo que no podía oírme, que estábamos muy lejos y que eran sólo nuestros ojos los que se habían acercado a mi barrio.

Yo estaba muy excitado y quise mirar por una ventana para ver a Pulqui, para presentársela al Negro. Allí estaba en el living, persiguiendo un ovillo de lana, sin imaginarse que yo podía verla.

“Es hermosa”, dijo el Negro, relamiéndose.

-¿Ella puede hacer lo mismo que vos? –pregunté con ansiedad.

“Todos los gatos podemos hacerlo”.

-¡Mirá! Aquella es la cancha de Boca ¿Vamos a venir a mirar cuando están jugando?

“No, como lo vamos a ver desde aquí que es tan incómodo dijo el Negro-; vamos a ir a la cancha, porque entonces vamos a estar en Buenos Aires. Quiero decir... si me llevan...”

“Lo tomé en mis brazos, le acaricié la cabeza y nos quedamos un largo rato mirando Buenos Aires.”

-Tengo tantas ganas de volver... -dije.

“Ya lo sé. Por eso te traje, para que vieras el lugar donde naciste y donde te vas a hacer grande”.

-¿Te gustan esos techos? –le pregunté.

“No están mal. Son menos peligrosos que los de aquí. Vos decís que en Buenos Aires voy a comer carne de verdad, ¿no?”

-Te lo prometo. Eso sí, vas a tener que viajar en avión sin maullar ni hacer lío...

“No te preocupes, voy a dormir todo el viaje. Bueno, ahora tenemos que volver porque tus papás deben de estar por llegar a casa.”

-¿Les puedo contar lo que hicimos?

“Claro que se lo puedes contar. Total no te lo van a creer”

-¿Y si los traes a ellos también?

“No. A la gente grande le falta imaginación. ¿Vamos?”

-Vamos.

En casa no dije nada. De vez en cuando, con el Negro, nos hacíamos un guiño de complicidad. Esa noche, mi papá me mostró un libro con fotos de Buenos Aires. Cuando lo cerró se sacó los anteojos y me dijo:

-Ya vas a ver cuando veas el botánico, el zoológico. Creo que te va a gustar vivir allá.

Esa noche soñé que Pulqui y el Negro me llevaban a ver París desde el puente más alto y negro que hay en La Boca. Por encima del río, más allá de un mar inmenso, vimos la gran torre y en la punta estábamos nosotros mirando para aquí como ahora nos miramos para allá